

AF-76

La prensa ante la transición

Ofrecemos a continuación un extracto del interesante informe a la Asamblea General del Instituto Internacional de Prensa (IPI) —recientemente celebrada en Filadelfia—, presentado por don Antonio Fontán, presidente del Comité Nacional Español y miembro de la Comisión Ejecutiva Internacional.

En las actuales circunstancias políticas españolas, seis meses después del fin de la era del General Franco, debo decir algunas palabras acerca de las perspectivas de la prensa y otros medios de comunicación de masas en España en un futuro próximo. Pero antes permítaseme recordar la reciente visita a España de nuestro director, Peter Galliner, en la última semana de abril. El director del IPI tuvo la oportunidad de visitar al Rey en una audiencia privada que duró cerca de cuarenta minutos. Mantuvo otra larga conversación personal con el ministro de Asuntos Exteriores y realizó otras entrevistas con altos cargos del Ministerio de Información. Esto, por lo que se refiere a la parte oficial. En el aspecto profesional visitó los más importantes diarios independientes, revistas y cadenas privadas de radio de Madrid y Barcelona. Estos contactos y la extensa cobertura de prensa que tuvo la visita han contribuido a despertar un gran interés hacia el Instituto entre periodistas, editores y publicistas. En el Comité Nacional hemos recibido numerosas solicitudes, de modo que esperamos poder doblar el número de nuestros actuales miembros en los próximos meses. Esta posible ampliación de nuestro Comité significaría que podríamos contar entre nuestros miembros a editores responsables de una circulación combinada de aproximadamente un millón de ejemplares de periódicos, más de un millón de ejemplares de semanarios y revistas de información general y la más amplia audiencia de radiodifusión del país. Estoy hablando siempre de prensa y de radiodifusión independientes, porque, al mismo tiempo, debemos tener mucho cuidado en no introducir en nuestra organización publicaciones dependientes del Gobierno o apadrinadas por él.

Todo esto es posible por dos razones. La primera, porque después de la muerte del General Franco las cosas están cambiando lentamente, pero de una manera irreversible, en la escena política española. La segunda, que en los últimos tiempos, incluso bajo el régimen de Franco, la prensa española fue particularmente activa. Muchos periodistas trataron de ser lo más claros e independientes posible y, de hecho, fueron tan abiertos y valientes como los mejores de sus colegas en otros países.

En el momento actual, el problema de la prensa es más o menos el mismo que el de la política española en su conjunto. Opera bajo el modelo legal y el marco general del antiguo régimen. La única diferencia es que ahora el Gobierno, en general, no aplica rigurosamente las leyes represivas. Y eso, en mi opinión al menos, por tres razones principales. La primera, porque el Gobierno mismo participa de la común impresión de que estamos en un período de transición. La segunda, porque el prestigio de la prensa en la opinión pública española se ha incrementado en cuestión de meses y semanas: los lectores españoles se están dando cuenta de que cierto número de diarios y semanarios están diciendo la verdad; comienzan a creer en ellos. En mi opinión sería muy difícil, incluso para un nuevo Gobierno represivo, invertir esta tendencia de confianza del público hacia la prensa. Muchos de los cargos más responsables en el campo de los medios de comunicación, como editores y columnistas, están ahora ocupados por gente joven que no participa de los prejuicios o de las influencias de las generaciones más viejas. Quizá uno de los riesgos que estamos corriendo ahora es que algunos de éstos pueden convertirse en jóvenes airados, y—teniendo menos experiencia profesional que sus mayores traten de ir demasiado lejos en el sentido de una falta de consideración hacia lo que pertenece a la esfera privada y una ausencia de autocontrol que podría radicalizar los conflictos sociales o políticos normales en una sociedad desarrollada.

La tercera razón, siempre en mi opinión personal, es que el nivel que hemos alcanzado en unos pocos meses en cuanto a la cantidad de información ofrecida por la prensa al público, aunque no es satisfactorio con respecto a los «standards» de las democracias occidentales que constituyen nuestro objetivo nacional, ha creado en la opinión pública la necesidad de estar libre y regularmente informada.

Quizá la imagen que les he mostrado a ustedes pueda parecer excesivamente optimista, pero éste es mi punto de vista.

La medalla española tiene todavía otra cara. Las estructuras políticas del régimen de Franco no han sido sus-

tituidas por otras nuevas. Estamos vi- viendo, como periodistas y como ciudadanos, en el filo de una espada. Y esto es, como ustedes saben, una posición muy incómoda y un equilibrio muy precario que durará hasta el momento en que sean creadas nuevas instituciones políticas, existan elecciones libres y se establezca realmente un nuevo sistema político. Los riesgos para mi país provienen de ambos extremos del espectro político. En la izquierda tenemos los extremistas y el espíritu de revancha, estimulados por el hecho de que en muy poco tiempo, después de la abstinen- cia de los últimos cuarenta años, y sobre todo las generaciones jóvenes, están recibiendo simultáneamente todas las doctrinas revolucionarias creadas durante dos centurias de pensamiento europeo. Quiero decir que después de estos cuarenta años de «la gran prohibición» les es posible a los españoles leer al mismo tiempo los libros de Marx, Lenin, Marcuse, Guevara, Adorno, Althusser, Mao, etcétera... Y esto es quizá demasiado para ser digerido en cien días por una cultura nacional.

En el otro lado nos enfrentamos con los temores y recelos que la política permisiva de las autoridades actuales crea en los sectores más conservadores del pueblo español. Y yo les aseguro que estos sectores conservadores son fuertes todavía y tienen en sus manos muchas de las palancas del poder. España fue definida por alguien que no recuerdo como un país donde todo es posible y nada es realmente previsible.

Tenemos por el momento un nuevo régimen, cuya cabeza y símbolo, el joven Rey, ha sido aceptado—no me atrevo a decir más, pero repito que ha sido aceptado— por el pueblo. Pero no tenemos todavía el nuevo sistema político de protección para las libertades públicas y un arbitraje democrático del consenso nacional a través de elecciones libres y de la indispensable participación política.

Con todo, permítaseme terminar este breve comentario sobre la situación y la prensa españolas con una declaración de esperanza. Creo firmemente que la consolidación del IPI en España y los contactos permanentes y mutuo intercambio de experiencias con los periodistas de otros países—que nuestra organización es capaz de establecer— pueden ser una gran ayuda para los periodistas de mi país. Estamos seguros de que conseguiremos vuestro apoyo y vuestra comprensión.—A. F.

